

CARLOS ALDUNATE, s. j.

**EL PAPA Y LOS
CARISMATICOS**

EDICIONES PAULINAS

Colección
CARISMA

1

CARLOS ALDUNATE, s. j.

EL PAPA Y LOS CARISMATICOS

*3ª edición, revisada con los documentos de:
Pablo VI y Juan Pablo II*

EDICIONES PAULINAS

Con las debidas licencias

Propiedad reservada

© EDICIONES PAULINAS

Imprimió: Pía Sociedad de San Pablo, enero 1982

Printed in Chile - Impreso en Chile

I. LA RENOVACION CARISMATICA

Una Petición

El 25 de diciembre de 1961 Juan XXIII convocaba el Concilio Vaticano II con su constitución apostólica *Humani Generis*.

En este documento el Papa contemplaba un “doble espectáculo, la humanidad sometida a un estado de grave indigencia espiritual, y la Iglesia de Cristo, pletórica de vitalidad” (n. 5). El Papa convocaba el Concilio para un amplio programa de renovación de la Iglesia en la santificación de sus miembros, la difusión de la palabra revelada, la consolidación de sus instituciones, los contactos con los hermanos separados y la acción en favor de la paz (6-8).

Pero todo este programa se resumía en la oración que a petición del Papa subía al Señor “desde todos los rincones de la tierra:

Renueva en nuestro tiempo los prodigios como de un nuevo Pentecostés y concede que la Iglesia Santa, reunida en unánime y más intensa oración en torno a María, Madre de Jesús, y guiada por Pedro, propague el reino de verdad, de justicia, de amor y de paz. Así sea” (21).

El Concilio Vaticano II

El Concilio Vaticano II produjo su primer documento el 21 de octubre de 1962. Fue un mensaje "a todos los pueblos". En él declaran los participantes del Concilio: "Ponemos nuestra confianza en la fuerza del Espíritu Santo, prometido por Jesucristo a la Iglesia. Por eso humilde y ardientemente invitamos a todos... a que colaboren con nosotros para instaurar en el mundo una sociedad humana más recta y más fraterna... Pedimos ardientemente que en medio de este mundo... brillé la luz de la gran esperanza en Jesucristo, nuestro único Salvador" (14-15).

El 8 de diciembre de 1965, Paulo VI ponía término al Concilio con el breve pontificio "in Spiritu Sancto". Y volvieron los obispos a sus diócesis para promulgar cada uno de ellos los documentos que se habían elaborado en más de tres años de intenso trabajo.

Entonces comenzó un período de mucha actividad renovadora: conferencias, sínodos, publicaciones, reformas de liturgia, de estatutos y de reglas de Congregaciones Religiosas. Pero el mundo seguía alejándose de Dios más y más, y aun la Iglesia que Juan XXIII calificaba como "pletórica de vitalidad", comenzó a padecer una de las crisis más grandes de su historia.

Dios quería enseñarnos que hay una gran distancia entre las ideas, los buenos deseos, los "firmes propósitos" y el encuentro efectivo con él. La renovación sería iniciativa de él y se efectuaría con las fuerzas de él.

Fuerzas de renovación

“Estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt. 28, 20). Esta es promesa del Señor, y una vez más, en nuestros tiempos, estamos viendo cómo cumple fielmente lo prometido.

Cuando todos los cristianos rogaban por un “nuevo Pentecostés”, estaban rogando sin saberlo, por una renovación sorprendente que nadie podía prever. A esta renovación han contribuido cuatro factores principales:

1. *Una sed de Dios.* Al mismo tiempo que el mundo parecía alejarse más y más de Dios, y que se escribía sobre “la muerte de Dios”, crecía en el pueblo cristiano, dentro y fuera de la Iglesia Católica, una sed extraordinaria de Dios y de un renovado encuentro con Jesús, el Salvador y el Señor.

2. *Un nuevo movimiento pentecostal.* En los comienzos de este siglo nació un movimiento pentecostal que se caracterizó por un culto de gran espontaneidad y fervor, por la apertura a los dones del Espíritu Santo y un gran ambiente de fraternidad entre los adeptos. Las Iglesias Pentecostales formaban una “cuarta fuerza” al lado de la Iglesia Católica, las Iglesias Ortodoxas, y las Iglesias Protestantes. Desde 1950 surgió un movimiento carismático o pentecostal dentro de las Iglesias Protestantes tradicionales. Comenzó a contribuir a la renovación religiosa dentro de la gran familia cristiana.

3. *El Concilio Vaticano II.* Desde el primer momento un nuevo Espíritu animó a los Padres Conciliares. Sin truenos ni terremotos se produjo un

“nuevo Pentecostés”, entre cuyas manifestaciones, notemos las siguientes:

a) Amor y apertura a toda la humanidad: recordemos entre otros el Mensaje “Ad omnes”, la Pastoral “Gaudium et Spes” y los Mensajes del Concilio a la Humanidad. Estos documentos no están dirigidos exclusivamente a los católicos sino a todos los hombres del mundo.

b) Un espíritu de humildad y contrición por las faltas cometidas contra la caridad con respecto a los hermanos separados. Se invitaron “observadores” de distintas Iglesias y se levantó la excomunión que en el pasado hizo tanto daño separando a Constantinopla de Roma.

c) Una mayor apertura a la acción carismática del Espíritu Santo: ésta debía extenderse no solamente a las personas revestidas de un ministerio institucionalizado, sino también a los simples fieles (Apost. actuos. n. 3).

4. *La renovación carismática.* Se conoce con este nombre una corriente de gracia “un llamamiento que va ampliándose, dirigido a la conciencia cristiana para estimularla o renovarse en profundidad. Brota del corazón de la comunidad eclesial como un himno de confianza incondicional en la presencia todopoderosa del Espíritu Santo en el mundo”. Su intención fundamental es “intensificar entre los creyentes su conocimiento amoroso del Padre, desarrollando su ‘familiaridad’ con Cristo, mediante una disponibilidad cada vez mayor a la acción del Espíritu Santo” (Mensaje de los Obispos canadienses sobre la Renovación carismática)”.

La renovación carismática surgió en diversas partes del mundo en los años siguientes al término del Concilio Vaticano II (1962-1965); su núcleo más vigoroso se formó en los EE.UU. a principios de 1967 y de allí se esparció a otros países: Australia, y el lejano oriente; Europa y el cercano oriente, Africa y América Latina.

Primeros contactos en Roma

Sin duda la Santa Sede se interesó desde un comienzo por un movimiento espiritual en que figuraban un buen número de profesores y estudiantes universitarios. Se iban sumando sacerdotes, religiosas, laicos de diversas edades y condiciones. Una comisión episcopal norteamericana atestiguaba que los frutos eran buenos y que debía dejarse crecer esta renovación.

Por otra parte el Cardenal Suenens, de Bélgica, se interesó en la renovación desde el punto de vista pastoral, y luego para su propia vida de fidelidad a Dios. Hizo dos viajes a los EE.UU. y luego comunicó sus observaciones y su propia experiencia a Paulo VI.

En octubre de 1973, se reunieron en Roma 120 representantes de la renovación, venidos de 34 países. Trece representantes fueron recibidos por Paulo VI en una audiencia privada.

El Papa les dijo: "Estamos muy interesados en lo que ustedes están haciendo. Hemos oído tanto acerca de lo que sucede entre ustedes. Y nos regocijamos. Tenemos muchas preguntas que hacer".

Después de leer un corto discurso, añadió: “Rogamos por ustedes para que puedan ser llenados con la plenitud del Espíritu y vivir en su gozo y en su Santidad. Les pedimos a ustedes sus oraciones y los recordaremos en la Misa”.

Un fruto muy importante del encuentro de representantes fue el proyecto de un Congreso Internacional en Roma para Pentecostés de 1975, Año Santo. Habría que superar muchos obstáculos pero se presentía que hablaría el Papa y que sus palabras serían de gran trascendencia para la renovación carismática en la Iglesia.

II. PENTECOSTES DE 1975

La peregrinación a Roma estaba calculada para 10.000 peregrinos. Había que reservar alojamientos, arrendar una enorme carpa que se instalaría sobre las catacumbas de San Calixto en las afueras de la ciudad, contratar los servicios de 110 autobuses que trasladarían a los peregrinos, reservar la basílica de San Pedro para el encuentro con el Papa. El trabajo de preparación fue inmenso.

Al mismo tiempo, en 61 países los grupos carismáticos comenzaron a prepararse para el corto o largo viaje. El número de los que querían acudir excedía en muchos a los 10.000 previstos y se tuvo que usar un sistema de cuotas. El Congreso se realizó los días 16 al 19 de mayo.

El día de Pentecostés

“En la mañana de Pentecostés nos fuimos a San Pedro con dos horas de anticipación. Estábamos de pie y como sardinas. No hay bancos en San Pedro; cuando alguno se desmayaba, seguía de pie, hasta que un ujier lo sacaba hacia el pasillo y llevaba fuera. En el lado derecho de la basílica estábamos los 10.000 carismáticos orando en silencio o cantando, pero siempre alegres y sonrientes. Al lado izquierdo se encontraba un número igual de personas que to-

maban parte en dos grandes congresos marianos. Se mostraban serios y nos observaban con tranquila curiosidad. Pasada ya una hora algunos comenzaron a cantar con nosotros, y, cuando entró el Papa, muchos estaban levantando las manos y cantando 'Aleluya'.

El Papa estaba visiblemente emocionado. De ordinario, mientras avanza por el pasillo central la gente aplaude, toma fotografías, grita 'viva el Papa'. Esta vez en cambio se cantaba '¡Aleluya! ¡Jesús es el Señor!' La Misa fue formal, pero los cantos y las respuestas resonaban de tal modo que no se escuchaba el coro del Vaticano ni su órgano. En su homilía el Papa invitaba a ser cristianos más alegres y a eso respondíamos.

Paulo VI pronunció la homilía en italiano, después añadió algunas palabras en francés, inglés, castellano y alemán. Las palabras en francés resumen admirablemente la renovación: 'Vivan ahora más que nunca la espiritualidad de su bautismo y su confirmación. El Espíritu Santo habita en ustedes. En esta hora y en este lugar privilegiados El los invita a seguirle más y más por los senderos de la verdad y de la caridad con el fin de testimoniar el Evangelio de Cristo y de construir la Iglesia'.

El gran encuentro

"En la mañana del lunes volvimos a San Pedro. Esta vez nos habían dicho que la Misa "no necesitaba ser tan formal" pues la celebraría el Cardenal Suenens con 12 obispos y unos 600 sacerdotes, to-

dos carismáticos. Estuvimos felices de saber que el Papa había concedido al Cardenal Suenens el raro privilegio de celebrar Misa en el altar mayor y que además el Papa nos concedería una audiencia después de la Misa. El único que se veía temeroso era el sacerdote encargado de las Misas en la basílica. En los últimos cuatro días, cada vez que encontraba al P. Killian MacDonnell le advertía: '¡Nada de juegos ni diversión!' El P. MacDonnell le aseguraba que todo iría bien. En efecto, al término de la Misa, ese sacerdote buscó al P. MacDonnell para estrecharle efusivamente la mano y decirle: 'Ud. debe volver para que nos enseñe a decir las Misas así'.

En realidad la Misa fue magnífica. Durante 20 minutos se cantó el 'Aleluya' mientras desfilaban hacia el altar el Cardenal, Arzobispos, Obispos y sacerdotes. Las profecías invitaban a desprenderse de las cosas mundanas para prepararse a ser un pueblo orante. El canto en lenguas hacía pensar en coros de ángeles (el organista hizo algunos intentos de tocar algún acompañamiento pero debió darse por vencido). Un sacerdote que había ido para denunciar la Renovación experimentó su bautismo en el Espíritu Santo, y fue transformado ahí mismo. Uno se sentía como si estuviera nadando en un mar de amor, y así era en realidad.

Inolvidable fue, sobre todo, el corto mensaje del Cardenal: 'El mundo pertenecerá al que lo ame más... somos cristianos de la primitiva Iglesia... no nos encerremos en nuestra 'carpa'... abramos las puertas, salgamos, proclamemos el amor de Cristo que vino a traer fuego a la tierra'.

Después de la Misa vino el Santo Padre. De nuevo se lo podía ver visiblemente emocionado por el canto del 'Aleluya'. Al bajar de su silla y caminar hacia el altar, hizo un gesto indicando que siguiéramos cantando. Después se volvió hacia el Cardenal Suenens y lo abrazó con gran cariño mientras la muchedumbre aclamaba. Abrazó después a cada uno de los Obispos, tomó asiento cerca del micrófono y comenzó a leer su discurso en francés, en seguida leyó un corto texto en español y en inglés. Por último, dejó a un lado los papeles y comenzó a hablar espontáneamente, en italiano.

A medida que hablaba mostraba más y más entusiasmo. Aunque no podíamos entender su italiano, ciertamente comprendíamos su lenguaje expresivo de sus gestos. Nos estaba diciendo que lleváramos nuestro gozo cristiano por todo el mundo; se veía entusiasmado por este movimiento del Espíritu Santo en la Iglesia.

Después de sus palabras, se quedó un rato conversando con algunos de los líderes, a pesar de que su secretario le indicaba que el tiempo previsto ya había terminado. Era evidente que se sentía a gusto entre nosotros —se quedó 50 minutos en total— y todavía parecía que le pesaba tener que partir”.

III. EL DISCURSO DE PAULO VI

Su discurso fue pronunciado en francés: a continuación añadió algunas palabras en castellano y luego en inglés. El texto francés es el principal. Su estudio demuestra que Paulo VI estaba perfectamente informado de la renovación carismática, y que elaboró su discurso con gran cuidado. Sabía que no sólo sus oyentes sino también todo el mundo religioso quería saber lo que pensaba el Papa acerca de esta corriente nueva de espiritualidad dentro de la Iglesia Católica: ¿Es una acción providencial de Dios para estos tiempos, o es una aberración de gente desequilibrada? ¿Es una novedad llena de peligros que debe ser combatida, o una bendición para la Iglesia del mundo?

Texto francés

“En este Año Santo, han escogido ustedes la ciudad de Roma para celebrar su III Congreso internacional, amados hijos y queridas hijas. Me han pedido que me encuentre hoy con Uds. y les dirija la palabra: en esta forma han querido manifestar su adhesión a la Iglesia constituida por Jesucristo y a todo lo que para Uds. representa esta sede de Pedro. Este interés por situarse dentro de la Iglesia es signo auténtico de la acción del Espíritu Santo. Pues Dios se hizo hombre en Jesucristo, cuyo Cuerpo

místico es la Iglesia, en la cual fue comunicado el Espíritu de Cristo el día de Pentecostés, cuando descendió sobre los Apóstoles reunidos en ‘el piso alto’, ‘perseverando unánimes en la oración’, ‘con María Madre de Jesús’” (Cfr. Hech. 1, 13-14).

Necesidad de esta renovación

“El pasado mes de octubre dijimos en presencia de algunos de ustedes que la Iglesia y el mundo necesitan más que nunca que ‘el prodigio de Pentecostés se prolongue en la historia’. En efecto, el hombre moderno, embriagado por sus conquistas, ha llegado a creer, para decirlo con palabras del último Concilio, que ‘él es su propio fin, el único artífice y demiurgo de su propia historia’ (*Gaudium et Spes*, 20, 1). Desgraciadamente, ¡para cuántos de los que, por tradición siguen profesando su existencia, y por deber siguen dándole culto, Dios se ha convertido en algo ajeno a su vida!

“Para un mundo así, cada vez más secularizado, no hay nada más necesario que el testimonio de esta ‘*renovación espiritual*’ que vemos al Espíritu Santo suscitar hoy día en las regiones y ambientes más diversos”.

Descripción de esta renovación

“Las manifestaciones de esta renovación son variadas: comunión profunda de las almas, contacto

íntimo con Dios en la fidelidad a los compromisos asumidos en el bautismo, en una oración a menudo comunitaria, donde cada uno, expresándose libremente, ayuda, sostiene y fomenta la oración de los demás, basado todo en una convicción personal, derivada no sólo de la doctrina recibida por la fe, sino también de una cierta experiencia vivida, a saber, que sin Dios el hombre nada puede y que con El, por el contrario, todo es posible: de allí esa necesidad de alabarle, darle gracias, celebrar las maravillas que obra por doquier en torno nuestro y en nosotros mismos”.

“La existencia humana encuentra su relación con Dios, la llamada ‘dimensión vertical’, sin la cual el hombre está irremediablemente mutilado. No que esta búsqueda de Dios se muestre como un deseo de conquista o de posesión; esta búsqueda quiere ser pura acogida de Aquel que nos ama y se nos entrega libremente deseando, porque nos ama, comunicarnos una vida que hemos de recibir gratuitamente de El, pero no sin humilde fidelidad por nuestra parte. Y, esta fidelidad tiene que saber aunar la fe y las obras, según la doctrina de Santiago: ‘Pues como el cuerpo sin el espíritu está muerto, así también está muerta la fe sin las obras’ (Sant. 2, 26).

“Entonces, esta ‘*renovación espiritual*’, ¿cómo no va a ser una ‘suerte’ para la Iglesia y para el mundo? ¿Cómo no adoptar todos los medios para que siga siéndolo?”.

Los medios recomendados a la renovación carismática

“Estos medios, queridos hijos y queridas hijas, se los indicará el Espíritu Santo, de acuerdo con la prudencia de aquellos a quienes El mismo ‘ha constituido obispos para apacentar la Iglesia de Dios’ (Hech. 20, 28). Porque el Espíritu Santo es quien inspiró a san Pablo algunas directrices muy precisas, que me contentaré con recordarles. Seguir las fielmente será para ustedes la mejor garantía para el futuro.

“Sabían cuánta importancia daba el Apóstol a los ‘dones espirituales’. ‘No apaguen el Espíritu’, escribía a los tesalonicenses (1 Tes. 5, 19), añadiendo a continuación: ‘Pruébenlo todo y quédense con lo bueno’ (ib. 5, 21). Por lo tanto, consideraba que siempre era necesario un discernimiento y confiaba su vigilancia a los que había puesto al frente de la comunidad (Cfr. ib., 5, 12). Con los corintios, unos años después, entra en más detalles: les señala sobre todo tres principios, a la luz de los cuales podrán efectuar con mayor facilidad este discernimiento indispensable”.

La formación doctrinal

“El primero, con el que empieza su exposición, es la fidelidad a la doctrina auténtica de la fe (Cfr. 1 Cor. 12, 1-3). Lo que contradiga esa doctrina no puede venir del Espíritu Santo: el que distribuye sus dones es el mismo que ha inspirado la Escritura-

ra y asiste al Magisterio vivo de la Iglesia, al cual, según la fe católica, ha encomendado Cristo la interpretación auténtica de esta Escritura (Cfr. *Dei Verbum*, 10). Por eso ustedes sienten la necesidad de una formación doctrinal cada vez más profunda: bíblica, espiritual, teológica. Sólo una formación así, cuya autenticidad tiene que garantizar la jerarquía, los preservará de desviaciones siempre posibles y les proporcionará la certeza y el gozo de haber servido la causa del Evangelio, ‘sin dar golpes en el aire’ (1 Cor. 9, 26)”.

El recto uso de los dones

“Segundo principio. Todos los dones espirituales han de ser recibidos con gratitud; y ustedes saben que su enumeración es larga (Cfr. 1 Cor. 12, 4-10, 28-30), sin pretender por lo demás ser completa (Cfr. Rom. 12, 6-8; Ef. 6, 11). Sin embargo, concedidos ‘con miras al bien común’ (1 Cor. 12, 7), no todos contribuyen a él en el mismo grado. Por eso los corintios deben ‘aspirar a los dones superiores’ (ib. 12, 31), los más útiles a la comunidad (Cfr. ib. 14, 1-5)”.

La primacía del amor

“El tercer principio es el más importante en el pensamiento del Apóstol. Le ha sugerido una de las páginas indudablemente más hermosas de todas las literaturas, a la que un autor ha dado un título evo-

gador: 'Por encima de todo se cierne el amor' (E. Osty).

“Por deseables que sean los dones espirituales —y lo son ciertamente—, sólo el amor de caridad, la *agapé*, hace al cristiano perfecto, sólo él hace al hombre ‘agradable a Dios’, *gratia gratum faciens*, dirán los teólogos. Porque este amor no sólo supone un don del Espíritu; implica también la presencia activa de su Persona en el corazón del cristiano. Comentando estos versículos, los Padres de la Iglesia lo explican a porfía. Según san Fulgencio, por no citar sino un ejemplo, ‘el Espíritu Santo puede conferir toda clase de dones sin estar presente él mismo; en cambio, cuando concede el amor, prueba que él mismo está presente por la gracia’, *se ipsum demonstrat per gratiam praesentem, quando tribuit caritatem* (Contra Fabianum, Fragmento 28; P.L. 65, 791). Presente en el alma, junto con la gracia le comunica la propia vida de la Santísima Trinidad, el amor mismo con que el Padre ama al Hijo en el Espíritu (Cfr. Jn. 17), el amor con que Cristo nos amó y con que nosotros por nuestra parte, podemos y debemos amar a nuestros hermanos (Cfr. Jn. 13, 34), ‘no solamente en palabras, con la lengua, sino en obras, de verdad’ (1 Jn. 3, 18).

“Sí, por sus frutos se juzga el árbol, y san Pablo nos dice que ‘el fruto del Espíritu, es el amor’ (Gál. 5, 22) tal como lo describe en su himno al amor. A él se ordenan todos los dones que el Espíritu Santo distribuye a quien quiere, pues lo que construye es el amor (Cfr. 1 Cor. 8, 1), lo mismo que fue el amor el que, después de Pentecostés, hizo de los primeros cristianos una comunidad ‘asi-

dua a la comunión fraterna' (Hech. 2, 42), 'no teniendo todos sino un solo corazón y una sola alma' (ib. 4, 32).

La recepción de los sacramentos

“Sigan fielmente estas directivas del gran Apóstol. Y, según la doctrina del mismo Apóstol, sean fieles también en celebrar frecuente y dignamente la Eucaristía (Cfr. 1 Cor. 11, 26-29). Es el medio escogido por el Señor para que tengamos su vida en nosotros (Cfr. Jn. 6, 53). Asimismo, acérquense igualmente con confianza al sacramento de la reconciliación. Estos sacramentos manifiestan que la gracia nos viene de Dios, a través de la mediación necesaria de la Iglesia”.

Exhortación final

“Queridos hijos y queridas hijas, con la ayuda del Señor, contando con la intercesión de María, Madre de la Iglesia, y en comunión de fe, de caridad y de apostolado con vuestros pastores, estarán seguros de no equivocarse. Y así contribuirán por su parte a la renovación de la Iglesia.

¡Jesús es el Señor! ¡Aleluya!”.

COMPLEMENTOS AL DISCURSO FRANCES'

Texto español

“Amadísimos hijos e hijas: Con ocasión de vuestro Congreso Internacional, habéis querido venir aquí a demostrar vuestra adhesión a la Iglesia y a la Sede de Pedro. Este interés por situarnos dentro de la Iglesia es una señal auténtica de la acción del Espíritu, que obra en ella, Cuerpo místico de Cristo.

Toda la renovación espiritual de la que la Iglesia y el mundo de hoy necesitan, ha de partir de esa sólida base de comunión eclesial, que es comunión de espíritus y de propósitos en una fidelidad absoluta a la doctrina de la fe. De ahí deberá brotar la búsqueda de los medios para hacer a Dios presente en las conciencias. Presencia que ha de alimentarse con un acrecentamiento del cultivo de los valores sobrenaturales, del contacto íntimo con Dios y de la oración, que hagan al hombre trascender lo humano para colocarse en la verdadera panorámica frente a Dios y a los demás.

Colaborad de este modo a construir la Iglesia”.

Texto inglés

“Queridos hijos e hijas: Con mucho gusto los saludamos en el afecto de Cristo Jesús y en su nombre les ofrecemos una palabra de aliento y exhortación para sus vidas cristianas.

Ustedes se han reunido aquí en Roma bajo el signo del Año Santo; junto con toda la Iglesia se esfuerzan por la renovación, renovación espiritual, renovación auténtica, renovación católica, renovación con el Espíritu Santo. Nos place ver signos de esta renovación: gusto por la oración, contemplación, alabanza a Dios, atención a la gracia del Espíritu Santo y lectura más asidua de las Sagradas Escrituras. Sabemos igualmente que ustedes desean abrir sus corazones a la reconciliación con Dios y con sus semejantes.

Para todos nosotros esta renovación y esta reconciliación son un desarrollo ulterior de la gracia de la adopción divina, la gracia de nuestro bautismo sacramental ‘en Cristo Jesús’ y ‘en su muerte’ (Rom. 6, 3-4) para que ‘podamos caminar en novedad de vida’ (v. 4).

Den siempre gran importancia a este sacramento del bautismo y a las exigencias que impone. San Pablo es muy claro: ‘Deben considerarse muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús’ (v. 11). Este es el inmenso desafío de la auténtica vida sacramental cristiana en la que debemos ser alimentados por el Cuerpo y la Sangre de Cristo, renovados por el sacramento de la Penitencia, fortalecidos por la gracia de la Confirmación y confortados por la oración humilde y perseverante. Este es

igualmente el desafío a abrir sus corazones a sus hermanos necesitados; los afligidos y los que sufren a través del mundo y a vuestro lado, todos claman a ustedes, como hermanos y hermanas de Cristo pidiéndoles la prueba de su amor, pidiendo la palabra de Dios, pidiendo pan, pidiendo vida. Quieren ver un reflejo del amor sacrificado y generoso de Cristo mismo, amor por su Padre y por sus hermanos.

Sí, queridos hijos e hijas, esta es la voluntad de Jesús: que el mundo vea las buenas obras de ustedes, la bondad de sus actos, la prueba de sus vidas cristianas, y glorifiquen al Padre que está en los cielos (Cfr. Mt. 5, 16). Esta, verdaderamente es renovación espiritual y sólo mediante el Espíritu Santo puede ser lograda. Y por esto no cesamos de exhortarlos seriamente a ‘aspirar a los dones más elevados’ (1 Cor. 12, 31).

Este fue ayer nuestro pensamiento cuando en la solemnidad de Pentecostés dijimos: ‘Sí, este es un día de gozo, pero también un día de resolución y propósitos: abrirnos al Espíritu Santo, eliminar todo lo que se opone a su acción, y proclamar, en la autenticidad cristiana de nuestras vidas diarias, que Jesús es el Señor’ ”.

Palabras improvisadas en italiano

“Mis muy queridos: Nos permitimos agregar unas pocas palabras en italiano, en realidad dos mensajes. Uno para aquellos de ustedes que se encuentran aquí con la peregrinación carismática. El

otro, para los peregrinos que están presentes casualmente en esta gran asamblea.

Primero, para ustedes: reflexionen sobre las dos palabras con las que se los designa: “*Renovación Espiritual*”. Cuando se trata del *Espíritu*, de inmediato estamos alerta, felices de acoger su venida. Más aún, lo invitamos, le rogamos; nada hay que deseemos más que el que los cristianos, el pueblo creyente, tome conciencia y experimente adoración y un mayor gozo mediante el Espíritu Santo entre nosotros. ¿Hemos olvidado al Espíritu Santo? ¡Ciertamente no! Lo necesitamos, lo honramos, lo amamos y lo invocamos y ustedes, con su devoción y fervor, desean vivir en el Espíritu.

De ahí, y ahora viene la otra palabra del nombre de ustedes, una *renovación*. Debe rejuvenecer al mundo, devolverle una espiritualidad, un alma, un pensamiento religioso; debe reabrir a la oración sus labios cerrados y abrir su boca al canto, al gozo, a los himnos y para dar testimonio. Será muy afortunado para nuestros tiempos, para nuestros hermanos, que haya una generación, su generación de jóvenes, que proclame ante el mundo la gloria y la grandeza de Dios de Pentecostés.

En el himno que leemos esta mañana en el breviario y que data de un tiempo tan lejano como el de san Ambrosio, siglo 3º o 4º, se encuentra esta frase que es difícil de traducir y debiera ser muy sencilla: ‘Alegres bebamos la sabia efusión del Espíritu’ (En latín: ‘*Laeti bibamus sobriam profusionem Spiritus*’). Podría ser un lema para el movimiento: un plan y una aprobación del movimiento.

El segundo mensaje es para aquellos peregrinos presentes en esta gran asamblea, que no pertenecen al movimiento de ustedes. Ellos deben unirse con ustedes para celebrar la fiesta de Pentecostés —la renovación espiritual del mundo, de nuestra sociedad y de nuestras almas— de modo que también ellos, devotos peregrinos venidos a este centro de la fe católica, puedan alimentarse con el entusiasmo y la energía espiritual con que debemos vivir nuestra religión. Y diremos sólo esto: hoy día, o bien uno vive su fe con devoción, profundidad, energía y gozo; o esa fe morirá”.

IV. JUAN PABLO II Y LA RENOVACION ITALIANA

El 23 de noviembre de 1980 el Papa, Juan Pablo II, recibió en audiencia a unos 18.000 católicos que representaban los treinta mil hombres y mujeres que participan de la renovación en Italia. Era el día de Cristo Rey y los asistentes llevaban una insignia con las palabras: "Jesús es el Señor".

Durante unos minutos se canta y se ora con el Papa. Después toma la palabra Mons. Dino Foglio, coordinador del Equipo Nacional de la Renovación en el Espíritu. Saluda al Papa, presenta la fidelidad de los 450 grupos de oración esparcidos en toda la península. Describe el trabajo de formación que se está haciendo en todas partes con semanas de estudio, retiros espirituales, encuentros llenos de amor y alegría.

El Papa respondió con el siguiente discurso:

INTRODUCCION

"Muy amados hermanos y hermanas: ante todo, muchas gracias por esta visita gozoza, y en particular por las oraciones que han dirigido Uds. al Señor por mí y por las responsabilidades de mi ministerio pastoral. Les diré con san Pablo que tenía 'un vivo deseo de verlos para comunicarles algún don espiri-

tual, a fin de que sean fortalecidos; o mejor, para animarme con ustedes y por ustedes mediante la fe que tenemos en común, ustedes y yo' (Rom. 1, 11-12)".

La presencia de Cristo en nosotros

"Esta mañana tengo la alegría de encontrarme con la asamblea de ustedes en la que veo jóvenes, adultos, ancianos, hombres y mujeres solidarios en la profesión de la misma fe, animados por el aliento de una misma esperanza, estrechados juntamente por los vínculos de esa caridad que 'se ha derramado en vuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado' (Rom. 5, 5). Nosotros sabemos que debemos a esta 'efusión del Espíritu' una experiencia cada vez más profunda de la presencia de Cristo, gracias a la cual podemos crecer cada día en el conocimiento amoroso del Padre. Por tanto, justamente el Movimiento de ustedes presta particular atención a la acción, misteriosa pero real, que la tercera Persona de la Santísima Trinidad desarrolla en la vida del cristiano.

"Las palabras de Jesús en el Evangelio son explícitas: 'Yo rogaré al Padre, y les dará otro Abogado, que estará con ustedes para siempre, el Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; ustedes lo conocen, porque permanece con ustedes y está en ustedes' (Jn. 14, 16-17)".

La efusión del Espíritu Santo

Antes de ascender al cielo, Jesús renueva a los Apóstoles la promesa de que serán bautizados “en el Espíritu Santo” (Act. 1, 5) y, llenos de su poder (Cfr. Act. 2, 2), darán testimonio de El en todo el mundo, hablando en lenguas extrañas según el Espíritu les daba (Cfr. Act. 2, 4). En el libro de los Hechos, el Espíritu se presenta activo y operante en aquellos cuyas gestas se narran, ya sean los guías de la comunidad (Cfr. Act. 2, 22-36; 4, 5-22; 5, 31; 9, 17; 15, 28, etc.) o simples fieles (Cfr. Act. 4, 31-37; 10, 45-47; 13, 50-52, etc.).

No causa asombro que los cristianos de entonces sacasen de estas experiencias la íntima convicción de que “si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, ése no es de Cristo” (Rom. 8, 9); y por esto se sintiesen comprometidos a no “apagar al Espíritu” (1 Tes. 5, 19), a “no entristecerlo” (Ef. 4, 30), sino a “dejarse guiar” por El (Gál. 5, 18), sostenidos por la esperanza de que “quien siembra en el Espíritu, del Espíritu cosechará la vida eterna” (Gál. 6, 8).

Nueva creación

En efecto, Cristo ha confiado al Espíritu la misión de llevar a cumplimiento la “nueva creación”, a la que El mismo dio comienzo con su resurrección. Del Espíritu, pues, debe esperarse la progresiva regeneración del cosmos y de la humanidad, entre el “ya” de la Pascua y el “todavía no” de la Parusía.

Es importante que también nosotros, cristianos a quienes la Providencia ha puesto para servir en los años conclusivos de este segundo milenio, reavivemos la íntima conciencia de los caminos misteriosos a través de los cuales ella persigue su designio de salvación. Dios se ha comunicado irrevocablemente en Cristo. Sin embargo, por medio del Espíritu vive y actúa el Resucitado permanentemente en medio de nosotros y puede hacerse presente en cada “aquí” y “ahora” de la experiencia humana en la historia.

Un solo cuerpo en Cristo

Con gozo profundo y gratitud emocionada renovamos, por tanto, nuestro acto de fe en Cristo Redentor, sabiendo bien que “nadie puede decir Jesús es el Señor, sino en el Espíritu Santo” (1 Cor. 12, 3). Es El quien nos reúne en un solo cuerpo en la unidad de la vocación cristiana y en la multiplicidad de los carismas. Es El quien obra la santificación y la unidad de la Iglesia (Cfr. *Pontifical Romano, Rito de la confirmación*, núms. 25. 47).

La acción multiforme del Espíritu

El Concilio Vaticano II ha reservado una atención particular a la multiforme acción del Espíritu en la historia de la salvación: ha subrayado la “admirable providencia” con que El impulsa a la sociedad para progresar hacia metas cada vez más avan-

zadas de justicia, de amor, de libertad (Cfr. *Gaudium et Spes*, 26); ha ilustrado su presencia operante en la iglesia, que está solicitada por El para realizar el plan divino (Cfr. *Lumen gentium*, 17) mediante una comprensión cada vez más profunda de la Revelación (Cfr. *Dei Verbum*, 5, 8), conservada íntegra en el fluir del tiempo (Cfr. *Lumen gentium*, 25; *Dei Verbum*, 10) y gracias a un compromiso siempre renovado de santificación (Cfr. *Lumen gentium*, 4, 40, etc.) y de comunión en la caridad (Cfr. *Lumen gentium*, 13; *Unitatis redintegratio*, 2, 4); finalmente ha puesto de relieve su acción en cada uno de los fieles, a quienes El estimula a un valiente testimonio apostólico (Cfr. *Apostolicam actuositatem*, 3), fortaleciéndoles por medio de los sacramentos y enriqueciéndoles de “gracias especiales, con las que les hace aptos y prontos para ejercer diversas obras y funciones, útiles para la renovación y la mayor expansión de la Iglesia” (*Lumen gentium*, 12).

Los riesgos

. ¡Qué perspectivas tan amplias se abren, hijos queridísimos, ante nuestros ojos! Ciertamente, no faltan riesgos, porque la acción del Espíritu se desarrolla en “vasos de barro” (Cfr. 2 Cor. 4, 7), que pueden reprimir su libre expansión. Ustedes conocen cuáles son: una excesiva importancia dada, por ejemplo, a la experiencia emocional de lo divino; la búsqueda desmedida de lo “espectacular” y de lo “extraordinario”; el ceder a interpretaciones apresu-

radas y desviadas de la Escritura; un replegarse intimista que rehúye del compromiso apostólico; la complacencia narcisista que se aísla y se cierra... Estos y otros son los peligros que se asoman al camino, y no sólo al de ustedes. Les diré con san Pablo: "Pruébenlo todo y quédense con lo bueno" (1 Tes. 5, 21). Es decir, permanezcan en actitud de constante y agradecida disponibilidad hacia todo don que el Espíritu desea infundir en los corazones de ustedes, pero no olvidando, sin embargo, que no hay carisma que no sea dado "para utilidad común" (1 Cor. 12, 7). Aspiren, en todo caso, a los "carismas mejores" (ib., v. 31). Y ustedes saben, a este propósito, cuál es "el camino mejor" (ib.): en una página estupenda, san Pablo señala este camino en la caridad que, por sí sola, da sentido y valor a los otros dones (Cfr. 1 Cor. 13).

La Iglesia se reconoce en el amor

Animados por la caridad, no sólo se pondrán ustedes en espontánea y dócil escucha de aquellos "a quienes el Espíritu Santo ha constituido obispos para apacentar la Iglesia de Dios" (Act. 20, 28), sino que sentirán también la necesidad de abrirse a una comprensión cada vez más atenta de los otros hermanos, con el deseo de llegar a tener con ellos verdaderamente "un solo corazón y una sola alma" (Act. 4, 32). De aquí brotará la auténtica renovación de la Iglesia, que el Concilio Vaticano II ha deseado y que ustedes tratan de facilitar con la oración, con el testimonio, con el servicio. La "reno-

vación en el Espíritu”, efectivamente, he recordado en la Exhortación Apostólica *Catechesi tradendae*, “tendrá una verdadera fecundidad en la Iglesia, no tanto en la medida en que suscita carismas extraordinarios, cuanto si conduce al mayor número posible de fieles, en su vida cotidiana, a un esfuerzo humilde, paciente y perseverante para conocer siempre mejor el misterio de Cristo y dar testimonio de El” (núm. 72).

Bendición final

Al invocar sobre ustedes y sobre su compromiso la amorosa y asidua protección de Aquella que “por obra del Espíritu Santo, concibió en su seno y dio a luz al Hijo de Dios encarnado” (Cfr. Lc. 1, 35), les concedo de corazón mi bendición apostólica, que gustosamente extiendo a cuantos forman parte del Movimiento y a todas las personas que a ustedes les son queridas en el Señor.

V. JUAN PABLO II Y EL ENCUENTRO INTERNACIONAL

El 7 de mayo de 1981, por la tarde, el Papa Juan Pablo II recibió a los 600 participantes del IV Congreso Internacional de Líderes de la Renovación en los jardines del Vaticano, junto a la gruta de la Virgen de Lourdes. A la cabeza de los congresales de 96 países estaba el Cardenal Suenens, acompañado de otros 14 Obispos.

Después de haberse escuchado una breve presentación de la finalidad del Congreso, el Santo Padre pronunció el siguiente discurso:

INTRODUCCION

Queridos hermanos y hermanas en Cristo: En la alegría y en la paz del Espíritu Santo quiero dar la bienvenida a cuantos han venido a Roma para participar en la IV Conferencia Internacional de dirigentes de la Renovación carismática católica: al mismo tiempo elevo una oración para que “la gracia del Señor Jesucristo y la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo estén con todos ustedes” (2 Cor. 13, 13).

Arraigados en la Iglesia

1. El hecho de haber elegido Roma como lugar de esta Conferencia es un indicio especial de la

importancia que tiene para ustedes el estar arraigados en esta *unidad católica de fe y caridad* que tiene su centro visible en la Sede de Pedro. Delante de ustedes va su renombre, como aquel que celebraba el Apóstol Pablo en sus queridos Filipenses y que le movió a comenzar la Carta que les dirige con unos sentimientos que yo me alegro de poder evocar ahora: “Siempre que me acuerdo de ustedes doy gracias a mi Dios... Por esto ruego que su caridad crezca más y más en conocimiento y en toda discreción, para que sepan discernir lo mejor y sean puros e irreprochables para el día de Cristo” (Flp. 1, 3, 9-10).

Principios de discernimiento

2. En 1975 mi venerable predecesor Pablo VI habló al Congreso carismático internacional, reunido en Roma, y puso de relieve los *tres principios* apuntados por san Pablo para *guiar el discernimiento*, de acuerdo con la exhortación: “Pruébenlo todo y quédense con lo bueno” (1 Tes. 5, 21). El primero de estos principios es *fidelidad a la doctrina auténtica de la fe*; todo lo que contradice a esta doctrina no procede del Espíritu. El segundo principio es *apreciar los dones más grandes*, los dones que son otorgados para el servicio del bien común. Y el tercer principio es *ir en pos de la caridad*, la única que puede llevar al cristiano hasta la perfección: como dice el Apóstol, “Por encima de todo esto, vístense de la caridad, que es vínculo de perfección” (Col. 3, 14). No es menos importante para mí en este momento resaltar estos principios

fundamentales para ustedes, a quienes Dios ha llamado a servir como dirigentes en la Renovación.

El Papa Pablo VI describió el Movimiento para la Renovación como “una *suerte* para la Iglesia y para el mundo”, y los seis años que han pasado desde aquel Congreso han venido a confirmar la esperanza que animaba su pensamiento. La Iglesia ha visto los frutos del celo de ustedes por la oración en un firme compromiso de santidad de vida y de amor a la Palabra de Dios.

Hemos constatado con especial alegría la manera cómo los dirigentes de la Renovación han desarrollado cada vez más una amplia visión eclesial, esforzándose al mismo tiempo por hacer de esta visión una realidad creciente para cuantos dependen de ellos en su dirección. Igualmente hemos visto los signos de la generosidad de ustedes en la comunicación de los dones recibidos de Dios con los desamparados de este mundo, en la justicia y en la caridad, de manera que todos puedan descubrir la excelsa dignidad que tienen en Cristo. ¡Ojalá esta obra de amor comenzada ya en ustedes sea llevada felizmente a su plenitud! (Cfr. 2 Cor. 8, 6. 11).

A este propósito, recuerden siempre las palabras dirigidas por Pablo VI al Congreso en el Año Santo: “No hay límites para el reto del amor: los pobres, los necesitados, los afligidos y los que sufren en el mundo al lado de ustedes, todos les dirigen su clamor como hermanos y hermanas de Cristo, pidiendo la prueba de amor, pidiendo la Palabra de Dios, pidiendo pan, pidiendo vida” (*L’Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 25 de mayo de 1975, pág. 10).

TAREA DE LOS DIRIGENTES

3. Sí, me siento verdaderamente feliz de tener esta oportunidad para hablarles desde el corazón a ustedes que han venido de todo el mundo a participar en esta Conferencia establecida para ayudarles en el cumplimiento de su tarea como dirigentes de la Renovación carismática. De un modo especial quiero señalar la necesidad de enriquecer y de hacer realidad esa visión eclesial que es tan esencial para la Renovación en esta etapa de su desarrollo.

Dar ejemplo de oración

La tarea del dirigente es, en primer lugar, dar *ejemplo de oración* en su propia vida. Con una esperanza confiada, con una solicitud abnegada, le corresponde al dirigente procurar que el rico y variado patrimonio de la vida de oración propio de la Iglesia sea reconocido y experimentado por quienes buscan la renovación espiritual: meditación de la Palabra de Dios, dado que “la ignorancia de la Escritura es ignorancia de Cristo” como solía repetir san Jerónimo; apertura a los dones del Espíritu, sin buscar exageradamente los dones extraordinarios; imitando el ejemplo del mismo Jesús que reservaba tiempo para orar a solas con Dios; profundizando más en el ciclo de los tiempos litúrgicos de la Iglesia, sobre todo mediante la Liturgia de las Horas; la debida celebración de los sacramentos —con una atención muy especial al sacramento de la penitencia— que operan la nueva dispensación de la gracia, de acuerdo con la propia voluntad de

Cristo; y sobre todo un amor y un conocimiento creciente de la Eucaristía, como centro de toda la oración cristiana. Pues, como nos señala el Concilio Vaticano II, “la Eucaristía aparece como la fuente y la culminación de toda la predicación evangélica, como quiera que los catecúmenos son poco a poco introducidos a la participación de la Eucaristía, y los fieles, sellados ya por el sagrado bautismo y la confirmación, se insertan por la recepción de la Eucaristía plenamente en el Cuerpo de Cristo” (*Presbyterorum ordinis*, 5).

Distribuir la verdadera doctrina

En segundo lugar, les corresponde proporcionar alimento sólido para el sustento espiritual mediante la *distribución de la verdadera doctrina*. El amor a la Palabra revelada de Dios, escrita bajo la guía del Espíritu Santo, es una señal de que ustedes desean “permanecer firmes en el Evangelio” predicando por los Apóstoles. Como nos enseña la Constitución dogmática sobre la Divina Revelación, “para que el hombre pueda comprender cada vez más profundamente la Revelación, el Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe con sus dones” (*Dei Verbum*, 5).

El Espíritu Santo, que reparte sus dones en mayor o menor medida, es el mismo que inspiró las Escrituras y que asiste al Magisterio vivo de la Iglesia, a la que Cristo confió la interpretación auténtica de las mismas Escrituras (Cfr. Alocución de Pablo VI, 19 de mayo 1975), de acuerdo con la pro-

mesa de Cristo a los Apóstoles: “Yo rogaré al Padre, y les dará otro Abogado, que estará con ustedes para siempre: el Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; ustedes lo conocen, porque permanece con ustedes y está en ustedes” (Jn. 14, 16-17).

Dios quiere, por tanto, que todos los cristianos crezcan en el conocimiento del misterio de salvación, el cual cada vez nos revela más cosas acerca de la dignidad intrínseca del hombre. Quiere también que ustedes que son dirigentes en esta Renovación, estén cada vez más sólidamente formados en la enseñanza de la Iglesia, cuya tarea ha sido meditar durante dos mil años en la Palabra de Dios, a fin de ir descubriendo sus riquezas y de darlas a conocer al mundo. Procuren, pues, como dirigentes, alcanzar una formación teológica segura encaminada a ofrecer a ustedes y a cuantos dependen de ustedes en su dirección, un conocimiento maduro y completo de la Palabra de Dios: “La palabra de Cristo habite en ustedes abundantemente, enseñándoles y amonestándoles unos a otros con toda sabiduría” (Col. 3, 16).

Cooperar con los Obispos

En tercer lugar, como dirigentes de la Renovación, deben ustedes tener la iniciativa en la creación de lazos de *confianza y de cooperación con los obispos*, quienes, en la providencia de Dios, tienen la responsabilidad pastoral de guiar todo el Cuerpo de Cristo, incluida la Renovación carismática. Aun cuando no compartan con ustedes las formas

de oración que ustedes han encontrado tan fecundas, estarán dispuestos a acoger con agrado su deseo de renovación espiritual, tanto para ustedes mismos como para la Iglesia, y proporcionarán la guía segura, que es la tarea que tienen encomendada.

Dios no puede fallar en su fidelidad a la promesa hecha el día de su ordenación, cuando se le imploró diciendo: “Infunde ahora sobre estos siervos tuyos que has elegido, la fuerza que de Ti procede: el Espíritu de soberanía que diste a tu amado Hijo Jesucristo, y que El, a su vez, comunicó a los santos Apóstoles, quienes establecieron la Iglesia por diversos lugares como santuario tuyo para gloria y alabanza incesante de tu nombre” (Ritual de la ordenación del obispo).

Muchos obispos de todo el mundo, bien individualmente o bien por medio de declaraciones de sus Conferencias Episcopales, han dado impulso y orientación a la Renovación carismática —a veces también con una saludable palabra de amonestación— y han ayudado en buena medida a la comunidad cristiana a comprender mejor el lugar de la Renovación dentro de la Iglesia. Mediante este ejercicio de su responsabilidad pastoral, los obispos nos han prestado a todos un gran servicio en orden a poder garantizar a la Renovación un modelo de crecimiento y desarrollo plenamente abierto a todas las riquezas del amor de Dios en su Iglesia.

PAPEL DEL SACERDOTE

4. Quisiera también en este momento llamar su atención sobre otro punto que tiene especial im-

portancia para esta Conferencia de dirigentes: se refiere *al papel del sacerdote* en la Renovación carismática.

Responsabilidad sacramental

Los sacerdotes en la Iglesia han recibido el don de la ordenación como colaboradores en el ministerio de Jesucristo, que requiere su absoluta comunión jerárquica con el orden de los obispos (Cfr. *Presbyterorum ordinis*, 7). Como consecuencia, el sacerdote tiene una única e indispensable tarea que cumplir en y para la Renovación carismática, lo mismo que para toda la comunidad cristiana. Su misión no está en oposición ni es paralela a la legítima tarea del laicado. El sacerdote, por el vínculo sacramental con el obispo, a quien la ordenación confiere una responsabilidad pastoral para toda la Iglesia, contribuye a garantizar a los Movimientos de renovación espiritual y al apostolado seglar su integración en la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia, sobre todo mediante la participación en la Eucaristía; en ella pedimos a Dios nos conceda “que, fortalecidos con el Cuerpo y Sangre de su Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu” (Tercera plegaria eucarística).

Unión con la Iglesia

El sacerdote participa de la propia responsabilidad del obispo de predicar el Evangelio, para lo

cual su formación teológica le debe capacitar de un modo especial. Como consecuencia, tiene la única e indispensable tarea de garantizar una integración en la vida de la Iglesia que evite la tendencia a crear estructuras alternativas o marginales y que lleve a una participación plena, sobre todo dentro de la parroquia, en la vida apostólica y sacramental de la misma Iglesia.

El sacerdote, por su parte, no puede cumplir su servicio en favor de la Renovación en tanto no adopte una actitud de acogida ante la misma, basada en el deseo de crecer en los dones del Espíritu Santo, deseo que comparte con todo cristiano por el hecho de su bautismo.

Ustedes, pues, sacerdotes y seglares, dirigentes de la Renovación, tienen que dar testimonio de su mutua unión en Cristo y poner como modelo de esta colaboración efectiva la exhortación del Apóstol: "Sean solícitos en conservar la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz. Sólo hay un Cuerpo y un Espíritu, como también han sido llamados con una misma esperanza, la de la vocación de ustedes" (Ef. 4, 3-4).

EL ECUMENISMO

5. Finalmente, en la experiencia de tantos dones del Espíritu Santo que son compartidos también con nuestros hermanos y hermanas separados, el que les pertenece a ustedes es la extraordinaria alegría de crecer en el deseo de la unidad, a la que nos lleva el Espíritu y en un compromiso por *la grave tarea del ecumenismo*.

¿Cómo ha de realizarse esta tarea? El Concilio Vaticano II nos lo indica: “Antes que nada, los católicos, con sincero y atento ánimo, deben considerar todo aquello que en la propia familia católica debe ser renovado y llevado a cabo para que la vida católica dé un más fiel y más claro testimonio de la doctrina y de las normas entregadas por Cristo a través de los Apóstoles” (*Unitatis redintegratio*, 4).

Una labor que de verdad sea ecuménica no intentará eludir las tareas difíciles, tales como la convergencia doctrinal, lanzándose a crear una especie de “iglesia del espíritu” autónoma fuera de la Iglesia visible de Cristo. Un auténtico ecumenismo servirá más bien para aumentar nuestro anhelo por la unidad eclesial de todos los cristianos en una fe, a fin de que “el mundo se convierta al Evangelio y de esta manera se salve para gloria de Dios” (*Unitatis redintegratio*, 1).

Tengamos la seguridad de que si nos entregamos a la obra de una auténtica renovación en el Espíritu, este mismo Espíritu Santo nos dará a conocer la estrategia a favor del ecumenismo que convertirá en realidad nuestra esperanza de “sólo un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos” (Ef. 4, 5-6).

LA PROTECCION DE MARIA

6. Queridos hermanos y hermanas: La Carta a los Gálatas nos dice que “al llegar la plenitud de

los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, para que recibiésemos la adopción. Y, puesto que ustedes son hijos, envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita: ¡Abba!, ¡Padre!” (Gál. 4, 4-6). A esa mujer, María, Madre de Dios y Madre nuestra, siempre obediente al impulso del Espíritu Santo, es a la que quiero encomendar lleno de confianza la importante obra de ustedes para la renovación de la Iglesia y en la Iglesia. En el amor de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, les doy complacido mi bendición apostólica.

VI. A MODO DE CONCLUSIONES

Si examinamos los discursos de Paulo VI y de Juan Pablo II a la Renovación en el Espíritu Santo, podemos destacar lo siguiente:

1° *Una palabra de aprobación* (Paulo VI)

1. Esta renovación espiritual, cuyos frutos describe el Papa, es suscitado por el Espíritu Santo.
2. "Para el mundo, cada vez más secularizado, no hay nada más necesario que el testimonio de esta renovación espiritual".
3. Debemos "adoptar todos los medios" para que la Renovación "siga siendo... una oportunidad única para la Iglesia y para el mundo".

2° *Confirmación de las experiencias carismáticas* (Juan Pablo II)

1. "Sabemos que debemos a esta efusión del Espíritu una experiencia cada vez más profunda de la presencia de Cristo".
2. "Por medio del Espíritu, el Resucitado vive y actúa permanentemente en medio de nosotros y puede hacerse presente en cada *aquí y ahora* de la experiencia humana".

3. “Es importante que nosotros reavivemos la íntima conciencia de los caminos misteriosos” de Dios.
4. Además de la acción santificadora del Espíritu Santo en nosotros, experimentamos su acción a través de nosotros para el bien de los demás. Es la existencia y variedad de los carismas.

3º *Riesgos y Peligros* (Juan Pablo II)

1. “Dar una excesiva importancia a la experiencia emocional de lo divino; la búsqueda desmedida de lo espectacular y de lo extraordinario”.
2. “Ceder a interpretaciones apresuradas y desviadas de la Escritura”.
3. “Un replegarse intimista que rehuye del compromiso apostólico”.
4. “La complacencia narcisista que se aísla y se cierra”.

4º *Medios para evitar los peligros y para que la renovación perdure y crezca* (Paulo VI y Juan Pablo II)

1. La formación doctrinal
2. El recto uso de los dones
3. La primacía del amor
4. La recepción de los Sacramentos

5. La comunión con los pastores- Obispos y Sacerdotes.

5° *Principales tareas* (Juan Pablo II)

1. *De los dirigentes*: dar ejemplo de oración; formarse y comunicar una doctrina sólida; asegurar el contacto con los Obispos.
2. *De los Sacerdotes*: Acoger la Renovación; asegurar su integración en la vida de la Iglesia; nutrirla con la doctrina, la liturgia, los sacramentos.
3. *De todos*: Trabajar “en la obra de una auténtica renovación en el Espíritu”, para que “se convierta en realidad nuestra esperanza” de la unión de todos los cristianos por medio de un verdadero ecumenismo.

INDICE

I. La Renovación Carismática	5
II. Pentecostés de 1975	11
III. El discurso de Paulo VI	15
IV. Juan Pablo II y la Renovación Italiana	27
V. Juan Pablo II y el Encuentro Internacional	34
VI. A modo de Conclusiones	45